

Texto compartido en unplandivino.net

Hay audios con la lectura del texto.

Ver la *página* asociada (enlace abajo), que contiene los enlaces, etc.

Título y enlace de esa página:

- «¿**Nadie hace mal a sabiendas?** (Jesús y Platón ‘reloaded’) | **Semi-recordatorio, 6** |

Principio de no-contradicción a nivel del alma | **A modo de “Recordatorios, 6”»**

- Enlace: unplandivino.net/nadie-hace-mal-aposta

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España*: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>)

Versión 1.01. 2 de junio, 2023

(*Primeras redacciones:* 30 mayo, 2023)

Palabras clave: Dios, alma, sentir, Bien, mal, amor, necedad, ignorancia, voluntad, deseo, arrepentimiento, perdón, civilización, política, buenismo, bondad, conocimiento, ilusión, sueño, error, pecado, iniquidad, contradicción, principio de no-contradicción, medicalización de la vida, cientifismo, materialismo, Sócrates, Platón, Jesús, paradoja, guías, espíritus, influencia de espíritus

Índice

Introducción: Nadie hace el mal a sabiendas.....	1
Más sobre el autoengaño en el lado “perverso”: un ejemplo.....	4
¿Lo hacemos aposta? Ignorancia.....	5
El arrepentimiento.....	6
¿Civilizados?.....	6
Autoengaño “bondadoso”: más sobre el “buenismo”	7
Conclusiones y preguntas, 1: <i>el Bien absoluto (Dios) y el mal en el alma; pregunta sobre descender de la dimensión 6 y perder la condición (?)</i> ; Sócrates y su espíritu guía.....	9
Conclusiones y preguntas, 2: <i>No se puede conocer el mal, y por ello se diría que vivimos una especie de ilusión o “sueño”</i>	11
Conclusiones y preguntas, 3: <i>¿somos “irresponsables” si nadie hace mal voluntariamente?</i> ¿No somos “realistas”?.....	13

Introducción: Nadie hace el mal a sabiendas

El tema del título de este apartado es muy célebre. Es atribuido a Sócrates, y por tanto a Platón, ya que éste mostró lo que habría sido ese lema de Sócrates *en acción* (“nadie hace mal a sabiendas”).

Es decir, tal como podéis ver divulgado en algunos lugares, resulta que, por ejemplo, una persona que asesina es simplemente alguien que se equivocaría acerca de lo que ella o él considera “su bien”. El asesino, si mata, en ese momento de alguna manera estima que eso está bien “para él/ella”.

Por ejemplo, en una guerra esto es muy evidente: matar está bien, es “bueno” para un soldado en tanto que él o ella se siente perteneciente a unos objetivos, ideales, etc.

Otro tema es el grado de cualidad de interiorización que tenga el asesino de eso, claro está (de la supuesta bondad de su papel).

Recordatorio a): Esta interiorización tiene que ver con:

- nuestra cualidad de “mente-colmena” (en la que siempre estamos un poco). Esa cualidad se expresa ahí, y en muchas otras decisiones en la vida;
- y tiene que ver con la asistencia de espíritus (=desencarnados) en la toma de decisiones y en la “entrega de nuestra voluntad” que siempre supone la “mente-colmena”, ya que los espíritus son agentes activos (mediante nuestras heridas emocionales) a la hora de fomentar por ejemplo actos desarmónicos en general.

Si hacemos algo que es objetivamente dañino para el alma, es porque el alma fue “*educada*”, fue criada —desde que somos pequeños en la encarnación— para no sentirse *primeramente ella a sí misma*.

Al desdeñar sentimientos, en realidad los bloqueamos en el alma, y ahí van causando nuestras vidas —indirectamente—.

(Esto ya lo hemos visto muchas veces; no haría falta repetirlo en esta especie de “Recordatorio, 6” que no es en realidad uno de esos “recordatorios”. Aun así, abajo lo comentamos de todos modos.)

Con ese primer gesto (el de “hacerse daño” uno a sí mismo), podemos decir entonces que estamos incorporando y hemos incorporado “*la voluntad de otros*” (de otros ánimos, de otras almas), cuando somos “*educados*” así, en “*no sentir primero*”.

Pues recordemos: si sí “*sintiéramos primero*”, ante todo lo primero... entonces podríamos liberar aquello que, si lo retenemos, nos hará pecar y seguir bloqueando el alma de más maneras, añadiendo más capas de bloqueo.

Recordatorio b): Y por cierto, ese gesto de “incorporar una voluntad-otra” —y ahora civilizatoriamente hablando—, es algo que se querría digamos que “automatizar” con la IA (inteligencia artificial, etc.).

Es decir, como ya vimos un poco en otros sitios, parece que el mundo tiende a lo siguiente: gestión y consolidación tecnológica de un cierto “devenir irresponsables álmicos”.

Sería pues en este sentido que podemos entender el célebre “*nadie hace el mal a sabiendas, voluntariamente*”.

Es decir, ese lema cobra sentido si tenemos en cuenta que, como punto de partida en la vida, asimilamos (hacemos nuestra) la voluntad de otros: al principio hacemos literalmente su voluntad.

En concreto, como dijimos, es la voluntad de otros sobre un tema de vital importancia: si dejar o no dejar fluir unos sentimientos que van a fomentar el mal en nuestras vidas —si los retenemos—.

Entonces, cuando uno “*hace el mal*”, en cierto modo podríamos decir que no lo hace del todo a partir de “*sí mismo*”, pues siempre hay una interferencia de una “*voluntad-otra*”. Pero, claro está, lo que sucede es que esa voluntad ya es “nuestra” *ahora*, ya la hemos “hecho nuestra” y la tenemos como condición actual del alma... por mucho que haya sido artificialmente incorporada en nosotros en el pasado.

Recordatorio c): En las enseñanzas, vimos expresar esto a Jesús y María Magdalena, comentando que en esos casos sucede que nuestro “deseo” y la “voluntad” (la voluntad como *condición de alma actual*) están ambos así como “*aunados*”, “*pegados*”.

Por tanto, hemos de desarrollar el *deseo*: deseos que nos eleven desde la condición de alma actual —que la desarrollen, la hagan crecer en un sentido armónico con cómo Dios ve el amor y la verdad—.

Es decir, nos toca desarrollar (y en parte este desarrollo sí lo podríamos quizá entender

como un cierto “recordar”¹)... nos toca desarrollar, decíamos, nuestra *responsabilidad* sobre nuestra condición álmica *real* (esa “voluntad”).

¿Para qué? Para que con el cultivo del deseo podamos salir de esa *voluntad herida* que de hecho tenemos, y que efectuamos en unas vidas más o menos compulsivas (y “fachadescas”).

Ni siquiera Dios puede arrancarnos las bases emocionales de la voluntad herida, pues tenemos libre albedrío. Este libre albedrío es algo muy profundo, ya que radica en el “ánimo profundo” (el alma), y por lo tanto tiene que ver con cosas muy instaladas en nosotros —con nosotros entendidos como almas cuyo devenir gobierna el devenir de lo físico y de lo espiritual-energético—.

Sobra decir que en general no queremos darnos cuenta de nuestro ser como alma.

Así pues, para desarrollarnos, nos debemos hacer cargo, nos debemos hacer *responsables* de ese *gesto interno* que aprendimos a realizar muy tempranamente en nuestras vidas: el gesto de incorporar aquella voluntad de la que hablábamos, y que es expresada más o menos traumática y continuamente por las personas adultas que nos rodean en nuestra infancia: madres, padres, etc.

Esa voluntad era la de no sentir ciertas cosas, lo cual nos produce miedo en general; es un miedo a nosotros mismos, un miedo a lo que sentimos.

Así, en la vida este miedo pasamos a bloquearlo, y así nos hacemos “a imagen” de lo que los adultos² hacen casi a cada momento —bloquear eso, retenerlo... y no temblarlo, etc.—.

En esos momentos, de pequeños, al estar formándose todavía nuestra identidad, se nos obligó a asumir como propia esa especie de “*voluntad-otra*”.

Es decir, esa *voluntad-otra* no viene dada por entidades abstractas como pueda ser “*la vida*” (como cuando decimos: “*la vida es así*”). Tampoco viene dada por la entidad personal “*Dios*”.

Recordatorio d): en este camino, en algún momento, vamos a estar comprobando que efectivamente Dios existe como entidad personal, al ir aceptando una relación de amor directa con nuestro creador (nuestro creador como almas).

De ahí que:

- si seguimos “inconscientemente” instalados en esa actitud (es decir, sin desarrollar el deseo de ser conscientes de lo que verdaderamente está pasando³),
- así como en el caso de que nos hagamos algo “*inicuos*” (es decir, si persistimos más o menos conscientemente en el error *creyendo conocerlo en tanto que error*)...

... el resultado siempre será daño, como por ejemplo que envejecemos, o que en general “envejecemos peor”.

Eso se debe a que el alma se sigue dañando a sí misma al hacer las cosas no desde el “*verdadero sí mismo*” (que en realidad está hecho a imagen de Dios y tiende al amor armónicamente, es decir, “desea” intrínsecamente ese desarrollo, y ese es su “ser verdadero”, su “ser para la verdad”...), sino que hacemos las cosas desde el único “*virus malo*” que se podría decir que existe, y que es ese “*gesto interno*” desarmónico de retener la emoción desarmónica (retener el terror a sentirla... pasando

1 Con esta comprensión y contexto para “recordar”, podríamos redefinir completamente la “*anamnesis*” o “*reminiscencia*” platónica (ver por ejemplo: es.wikipedia.org/wiki/Teoría_de_la_reminiscencia).

2 Lo hemos visto ilustrado con un caso personal, recientemente tratado en este texto y audios: “*Niños y fachada: la creación concreta de la fachada en un evento de «vergüenza sexual»: «El niño va a tener celos» | La vergüenza de ser un hombre*”: <https://www.unplandivino.net/vergüenza-sexual-evento-infancia/>

3 Es decir, sin desear el verdadero despertar, que sería despertar al pecado (la desarmonía) presente en casi todo lo que hacemos.

en general así a vivir en el miedo, en el terror...).

Así pues, nos seguimos haciendo daño si no desarrollamos y purificamos unos *deseos* que tiren de nosotros hacia fuera de esa “voluntad herida”, para superarla y disolver sus causas (las causas emocionales del pecado).

Entonces: si se da el caso de que yo sé, “con el alma”, que algo está mal; es decir, si sé “con toda el alma”, si he absorbido plenamente esa verdad; es decir, si lo sé como “*verdad emocional absorbida*”, y siento que eso “está mal” y lo siento del todo *humildemente*, entonces literalmente no lo podría hacer —literal y objetivamente no podría hacerlo—.

Por tanto, si hago algo que es objetivamente malo, en cierto sentido no lo estoy haciendo “*voluntariamente*”; es decir, no lo estoy haciendo “a sabiendas”, pues en realidad soy ignorante acerca de eso que hago. ¿En qué sentido soy ignorante? En un sentido *absoluto*: soy ignorante de eso a nivel del alma, que es mi identidad verdadera.

Por lo tanto, se puede decir que “no sé lo que hago”, en el sentido de que mi deseo es tener esa voluntad —una que objetivamente es “falsa”— pero *no quiero* saber *que eso es lo que deseo*.

Es decir, *en el fondo* ignoro que deseo un mal, por mucho que diga, por ejemplo, “sé que eso es malo”.

Y en concreto, soy ignorante —y, peor aún, *deseo ser ignorante*— acerca de lo que en el futuro me acarreará hacer algo que objetivamente sea malo. Es decir, deseo ignorar aquello que se va a producir, sí o sí, en mi vida anímica, en mi alma, y que repercutirá en lo que viva.

Es decir, hacer el mal va a tener como consecuencia más dolor (emocional y físico) en el futuro.

Y por cierto, sobre esto puedo recibir muchos avisos desde el mismo momento en que hago algo mal, y los puedo recibir incluso con bastante antelación a realizar el acto que va a terminar entrañando muchas consecuencias en cuanto a lo arduo de su deshacimiento⁴, por ejemplo.

Más sobre el autoengaño en el lado “perverso”: un ejemplo

Vimos el principio de no-contradicción, pero para el alma, muy simple⁵:

en el alma no pueden coexistir a la vez verdad y error sobre el mismo tema.

Si me digo por ejemplo que “*está mal ser promiscuo*”, pero sigo siéndolo, o tengo aún el deseo de serlo aunque no lo haga efectivamente... entonces también me autoengaño, pues si supiera la verdad absoluta de que eso “está mal”, si la supiera “con el alma”, no podría hacer eso ni lo podría desear.

Es decir, mi situación real es que en el alma en el fondo estoy creyendo⁶, “más allá de las palabras”, que “está bien” ser promiscuo, por mucho que me diga que no lo creo, e incluso por mucho que lo diga o me lo diga dentro de marcos espiritual-religiosos más o menos floridos, etc.

Claro que, en general, quizá a muchos “nos faltaba” poder oír con claridad la simple verdad sobre el alma gemela (tras la niñez, pues de pequeños mucha gente lo intuye); nos “faltaba”, digamos, poder escuchar eso de alguien y poder absorber más fácilmente la verdad sobre el tema de la verdad sobre el alma gemela.

Lo digo porque parece que, para tener algún tipo de acicate a la hora de sentir del todo el error

4 Cuando hacemos algo mal, cuando pecamos, ese deshacimiento necesario se lo imponemos automáticamente al universo (al mundo físico, al espiritual, al celestial...), y a Dios, pues nosotros personalmente *no podremos* deshacer todas las consecuencias (y en general casi ninguna) de muchos de nuestros pecados.

5 Vimos un poco la importancia de este principio —que señaló Jesús— en los materiales de la web.

6 Si estoy creyendo eso, es que todavía tengo unas emociones heridas concretas bloqueadas en el alma, que son las que uso para sustentar ese error, esa “creencia falsa”.

emocional relativo a este tema concreto (alma gemela), y poder así desalojar el error sintiendo del todo ese error emocional, como tal error (el error de “*está bien ser promiscuo*”), a veces quizá necesitamos claramente tener en algún lado la presencia de la verdad expresada, para que ella pueda empezar efectivamente a poder sustituir ese error en nuestra alma —para que el error que dice “*está bien ser promiscuo*”, pueda pasar así a ser sustituido por un “*anhelo del alma gemela*” cada vez más despierto en nosotros, y más puro, y cada vez más “vivido” como tal—.

Entonces, como hemos dicho, también podría ser que evite la promiscuidad pero sin sentir en el alma que eso está mal; es decir, sin terminar de sanar las heridas que me incitan a ser así, y que en el fondo me hacen creer que “*está bien*” (cosa esta que está en desarmonía con la “*opinión*” de Dios, ya que Dios sabe objetivamente lo que degrada o no degrada el alma, pues creó las almas).

En esa situación de “*buenismo*” también hay autoengaño, por tanto, y tendré más o menos una actitud de, por ejemplo, “*superioridad moral arrogante*”, la que justificará, acompañará o nutrirá ese “*autoengaño emocional más profundo*”.

- Entonces, si me digo: “*está bien ser promiscuo*”, me autoengaño en un sentido absoluto, es decir, en el sentido de que hacer eso está en desarmonía con la verdad y el amor tal como los ve Dios.

- Y si me digo que “*está mal ser promiscuo*”, entonces también suelo estar en algún grado de autoengaño, pues, una de dos: o lo sigo haciendo; o bien lo sigo sintiendo como deseo, aunque ese deseo esté más o menos “*reprimido*” —como por ejemplo cuando se mira todavía con cierta lascivia a las personas que sea—.

¿Lo hacemos aposta? Ignorancia

Si se actúa mal aposta (o sea, que se conoce el “*buen camino*”, el camino de la verdad, pero se yerra aposta) esto sigue siendo error, en el sentido de que se actúa “*desde un error emocional*” (una ruta bloqueada que no se quiere subsanar).

Se actúa objetivamente desde una ignorancia, si definimos ésta como el estado herido del alma, objetivamente herido (o “falso”: en desarmonía con el amor y la verdad).

Entonces, por un lado tenemos un caso de lo que creo que se llamaría “iniquidad”, la iniquidad propiamente dicha, y que creo que sería lo siguiente:

Decirme a mí mismo que eso que hago (algo como la promiscuidad) en realidad está bien: “*está bien para mí ¡y punto!*”. Y decirme que ha de estar bien contra viento y marea, porque sí, porque me gusta, porque lo hago, porque así lo quiero —ese tipo de cosas, simplemente—.

Ahí, con eso, estaría “*votando*” por mi estado de ignorancia; y tengo ese estado más o menos orgullosamente; lo tengo como “*conocimiento del ‘bien’*”; me digo: “*sé lo que es bueno*”.

¿El “bien”? Se trata de “*mi bien*”, de mi deseo, de mi bien relativo.

De ese modo, en cierto modo estoy intentando absolutizar lo relativo —cosa esta que sólo podré hacer por un tiempo, por cierto—. De ese modo estoy así como intentando “absolutizar” mi fachada; y estoy haciendo eso “aisladamente”, pues al hacer eso me estoy aislando con respecto a lo que sería el “diseño cósmico”, el diseño universal —y *a fortiori* el divino, el diseño o plan divino—.

Por otro lado, si me digo “superficialmente”: “eso está mal”; si pienso superficialmente que “*esto está mal, pero aun así lo voy a hacer*”, en realidad de cierta manera me estoy *autoengañando*, pues realmente *no lo sé*. Es decir, *en el alma* realmente *no sé* —no sé “*con toda el alma*”— que eso

efectivamente esté mal.

Como la verdad y el error no pueden coexistir a la vez sobre por ejemplo ese tema concreto de la promiscuidad, los resultados de ese estado serán desarmónicos (*los resultados personales de enfermedad, vejez, etc.; y los resultados sociales —o digamos ‘políticos’— de degradación social, etc.*), y de esa manera con mi vida iré demostrando mi “*estado de ignorancia*”, tanto si soy más o menos “*normal*” como si soy “*inicuo*” en algún grado (es decir, si persisto en el mal más o menos aposta, etc.).

Si queremos desarrollarnos (cosa que, como vimos, es un “deseo natural”, aunque en general lo consigamos llevar a cabo de manera muy lenta), si queremos “crecer”... vamos —sí o sí— a desalojar el error.

Es decir, para crecer “hay que” desalojar el error del alma para que el error pueda ser sustituido por la verdad; hay que desear sentirlo, pero con humildad, no viviendo en él.

El error es, en el fondo —está basado, en el fondo—, en emociones retenidas que me hacen creer cosas erróneas —falsedad—.

Esto, este hecho, es intrínsecamente paradójico, claro está, pues, como dijimos: si yo *supiera realmente* que algo está mal, entonces no lo podría hacer.

Entonces, este estado se trataría de un cierto “estado de ignorancia”, si lo vemos por ejemplo así:

- nadie protegería lo que *realmente creyera* que es malo;
- proteger/conservar una emoción dañina para el alma, conlleva de inmediato “creer” que esa emoción “es buena” (conlleva creerlo con una “creencia basal”, digamos, y no “mental”, pues en acto estamos conservando todo el rato esa emoción);
- pero, objetivamente, dicha emoción es mala para la realidad de nuestro ser; es decir, no hace bien, al no estar en armonía con la verdad y el amor.

El arrepentimiento

No desear arrepentirse sigue siendo lo mismo: es querer mantener el error de que “*es bueno para el alma tener y mantener ahí dentro alguna emoción errada*”.

En este caso, el relativo al arrepentimiento, se tratará de una emoción errada concreta que fue bloqueada al hacerle mal a *otros*, a otras almas, por ejemplo (y que por eso mismo es errada).

(Y si hablamos de “otras almas” es porque aquí tratamos sobre el hacer mal “hacia fuera”, digamos —hacia los demás y hacia el *entorno*—.)

¿Civilizados?

Podemos definir “*necedad*” como hacer cosas malas que ya se sabe que lo son, pero querer hacerlas uno mismo de todos modos para “*experimentarlo por uno mismo*”, aunque ya se sepa que esas cosas nos degradan y/o degradan o fomentan la degradación de los demás y del entorno.

Por tanto, parece claro que lo que llamamos “*civilizaciones*” son en gran medida los diferentes y muy diversos modos de organizar la *necedad*. Y las civilizaciones también serían, por cierto, los diferentes modos de organizar nuestras vidas en torno a la protección de la creencia de que “*no hay necesidad de arrepentirse*”.

Esta sería una creencia en la que vivimos “por defecto” y que se transmite “*más allá de las palabras*”; o que se transmite, digamos, casi como si fuera un “*fluido vital civilizatorio básico*” (o sea, que es más o menos expresamente transmitida).

Autoengaño “bondadoso”: más sobre el “buenismo”

Hemos hablado del caso “*perverso*”, por así llamarlo, en el que hacemos algo malo y nos decimos que lo hacemos a sabiendas, es decir, lo hacemos sabiendo ya que es malo, pero aun así lo hacemos (“*porque queremos*”, “*porque nos gusta*”, etc.).

Pero ¿qué pasa en caso de hacer algo bueno —al que sólo hemos aludido un poco—?

Si creo que estoy haciendo algo bueno⁷ (algo que creo que es armónico con la verdad y el amor) pero que objetivamente no es bueno, entonces también me estoy autoengañando, pues no lo sé “*con el alma*” (si lo supiera con el alma pero en realidad fuera algo malo para mí, no lo podría hacer).

Por ejemplo, con respecto a la promiscuidad y al principio de no-contradicción... llamemos afirmación “A” a la afirmación que dice: “está bien ser promiscuo”.

Si afirmo A:

- me autoengaño.

Es decir, *objetivamente hablando*, me estoy engañando, ya que la afirmación siguiente: “A es falsa”, es una afirmación de una *verdad absoluta*.

Es decir, es verdad absoluta que la afirmación que hemos llamado “A” es falsa; y es una verdad absoluta que si sigo haciendo eso...

- estoy y estaré degradando mi alma;

- y, entonces, dependiendo de mi “iniquidad” (y/o de la iniquidad institucionalizada más o menos mortecinamente en “la civilización” y en sus instituciones más o menos interiorizadas por mí, y que me sirven para reforzar mi deseo impuro, mi deseo más o menos “pegado” a mi *voluntad herida*)... dependiendo de mi “iniquidad”... no querré interpretar los signos de esa degradación como algo que apunta a demostrarme esa verdad absoluta —la verdad de que esos signos están en relación con ese pecado⁸—.

Si, por contra, sí admito que esos actos degradan el alma —y por tanto los cuerpos—, pero aun así los sigo haciendo, entonces estoy en lo que quizá podríamos llamar “*un primer grado de iniquidad*”

Aunque de cierto modo ahora estamos entrando en otro ámbito de distinciones entre la verdad y el error: el relativo al discurrir sobre las *consecuencias* de nuestros actos en general.

Es decir, claro está que lo que podemos decir sobre algo concreto (“promiscuidad”, por ejemplo), siempre está mezclado con este ámbito o tema global: el del mero hecho de que:

- “hay consecuencias” de nuestros actos,
- y hacemos una interpretación de esas consecuencias.

Y, como dijimos, para tal interpretación tenemos la ayuda de instituciones sociales que nos ofrecen más o menos cantidad (y diversas calidades) de instrumentos para facilitarnos la vida en el error emocional, y por tanto en la potencial necesidad.

7 Aunque quizá normalmente, en cuanto a esto de “hacer algo bueno”, lo que nos pasa es que estamos precisamente “normalizados”, en un “normalmente” que es un: “*da igual*”; o sea, que es un...: “*esto en realidad no importa; o no importa tanto; es decir, da igual si esto es o no es armónico con la verdad y el amor*” (algo concreto que haga).

8 Recordemos, dicho rápidamente: “pecado” es todo lo que hago en desarmonía con el amor y la verdad, y todo lo que dejo de hacer y que está en armonía con tales “cosas”.

La creencia en la “*bondad*” de la promiscuidad puede estar alimentada de creencias paralelas o “*atenuantes*”, “*anestésicas*”... como por ejemplo la de:

“*vale, puede ser malo para mí hacer esto, pero es que es bueno para los demás*”.

Es decir, las emociones de autoengaño, en las que también creo emocionalmente (y que me fabrico para sostenerme en el yo herido), pueden estar acompañadas de creencias como esas.

Este podría ser quizá el caso de algunas personas que *explícitamente* comercian sexualmente con sus cuerpos: podrían creer algo así, y también cosas como “*es bueno para la sociedad*”⁹...

Estos son quizá —hablando ahora más en general— el tipo de razonamientos que a veces todos usamos para justificar todo tipo de cosas que en realidad son “*injustas*” (desarmónicas). Es lo que usamos, entonces, en la actitud “*mente colmena*”, en esa cualidad “*mente colmena*” que más o menos todos representamos.

Además, el engaño en el que yo viva es automáticamente “*político*”, es una cuestión de política, porque si me digo que un pecado como el de la promiscuidad “*está bien*”, entonces estoy afectando a otros para mal.

Es decir, si me digo: “*para mí está bien, tengo derecho a ser así, a ser ‘yo mismo’*”... entonces eso es un “*yo herido*” que en ese ejercicio está afectando a otros, a otros que —por ley— se verán atraídos a mi vida, por cierto, resonando en “*heridas emocionales complementarias*”.

Por cierto, poniéndonos a hablar ahora en un cierto “*lenguaje antiguo*”: de un individuo así podríamos decir que está “*en la vía de la opinión*” y no en la vía de la verdad.

Es decir, él o ella está en desarmonía con el *amor a uno mismo* tal como lo “*ve*” Dios (cosa esta, opinión esta de Dios, que no es opinable); y el individuo podría estar en diferentes grados de ese reconocimiento (o sea, de reconocer que está yendo por esa vía “*mala*”).

Por tanto, el individuo puede estar en muchos grados de “*iniquidad*”, pues sí reconoce que las consecuencias son negativas, pero está viviendo en ese yo herido de: “*tengo derecho*”, “*tengo que hacer lo que me dé la gana*”... y con más o menos matiz de *necedad* (que definimos arriba).

Entonces, decíamos que es “*político*” porque:

- por un lado el mundo, el entorno, se verá obligado —por ley natural— a *mostrarme* mi condición de alma herida;

- por otro lado, a la vez, yo querré potenciar que el mundo fomente mi *autoengaño* o el autoengaño de los demás (en parte para autoengañarme yo, poco o mucho... y para que los demás sostengan un mundo donde yo pueda ser inicuo, es decir, donde yo pueda seguir haciendo eso aunque sí tenga un poco de reconocimiento sobre lo que realmente está pasando);

- con esa voluntad —de que el mundo fomente eso—, estaré fomentando unas ciertas “*políticas*” (que luego además pueden ser implementadas más o menos tecnológica o automáticamente);

¿Cómo fomentar el autoengaño?

Por ejemplo *medicalizando* cada vez más aspectos de la vida¹⁰, para así poder reforzar la

9 O incluso podría llegar a creer cosas como que “la promiscuidad en general” es buena “para el planeta”, si me pongo en plan eugenésico, y digo cosas como que “hay que ser promiscuo para favorecer la diversidad biológica”.

10 Una medicalización de la vida que sería una de las consecuencias de lo que a veces se llama “materialismo”. Ver por ejemplo: “*La nueva religión de masas: Animismo científico e intelectualista en la ‘tribu Tierra’*”: <https://www.unplandivino.net/animismo-intelectualista/>

creencia falsa —generalizada hasta ahora— de que las consecuencias que experimento no tienen nada que ver —o casi nada— con el “*comportamiento moral*” (en el sentido muy amplio que ya vimos de “moral”), y que supuestamente sí tendrían todo que ver con “*disfunciones naturales*” de los cuerpos, por ejemplo (tienen que ver por ejemplo con “*virus*”... o con “*lo mal hechos*” que están los cuerpos... o con lo mal que a veces “salen” los cuerpos... o con el mal que hay en “la creación”... etc.).

Esas disfunciones son mal interpretadas al estar yo viviendo en esa voluntad supuestamente “*libre*” pero que en realidad es en algún grado “*esclava*” del pecado (de lo cual nos daremos cuenta tarde o temprano, antes o después de dejar el cuerpo físico).

Por cierto, este “*proyectar*”, este bombear más o menos ofensivo contra la naturaleza, los cuerpos, “*la creación*”... se trataría de un gesto que en general parece que se caracteriza como platónico-gnóstico¹¹ (estaría dentro del grupo de *aspectos no muy positivos* de lo que a veces se llama platonismo).

Ese desprecio, en el caso religioso, es un “*desprecio ontológico*” del mundo, un desprecio metafísico del mundo, pero que es de todos modos eso, eso mismo: es un desprecio, una “*proyección*” sobre, un bombeo hacia... lo físico, “contra lo físico”.

Así, ¿qué se consigue? Se consigue en realidad poder seguir “*sin tomar nota*” —o sin tomarla del todo— sobre las consecuencias de nuestros actos (ahora o del pasado); se consigue anestesiarnos en cuanto al *sentimiento* —y por lo tanto el conocimiento— de la relación que existe entre las consecuencias y nuestro comportamiento.

Y por cierto, aunque ese desprecio se tilde de “*platónico*”, se supone que quizá en Sócrates no habría un tal desprecio así, al cuerpo, tan metafísico, creo, ya que Sócrates, el a veces llamado “maestro de Platón”, sería más bien “*sanamente escéptico*”.

Entonces: la medicalización de la vida es ese mismo “gesto platónico-gnóstico”, pero llevado a la práctica en la mente-colmena que en parte somos, y como tal mente-colmena. Es pues esa “*religión por otros medios*” que apoya esa creencia falsa global, esa “*actitud global*”: la de proyectar contra lo físico, y por tanto la de vivir en un cierto desprecio de los cuerpos y de lo físico.

Conclusiones y preguntas, 1: *el Bien absoluto (Dios) y el mal en el alma; pregunta sobre descender de la dimensión 6 y perder la condición (?); Sócrates y su espíritu guía*

Así que “*nadie hace el mal a sabiendas*”, pero porque a la voluntad herida no la podríamos llamar propiamente hablando “*voluntad verdadera*”, ya que nuestro verdadero yo, el alma —pero el alma en

Y: “*La industrialización de los cuerpos, objetivo de esta revolución. El totalitarismo democrático*”:

<https://www.unplandivino.net/industrializacion-cuerpos/>

Y: “*La “Nueva Era” como intento de anestesiarse el alma humana contra Dios*”: <https://www.unplandivino.net/nueva-era-brecha-tecnologia/>

11 Uno de los aspectos que se asocian con Platón —un aspecto que en realidad presentan sus personajes— es el de un cierto desprecio demasiado banal del cuerpo, ya que hay pasajes que —digamos— contraponen demasiado simplistamente el alma al cuerpo.

Ese desprecio, claro está, sería una concepción equivocada de la realidad. Pero siempre hemos de tener en cuenta que Platón mismo no habla directamente en los escritos a él atribuidos, pues los conceptos se presentan en forma dialogada; es decir, los materiales que se preservan *no son Tratados* filosóficos definitivos para establecer o intentar establecer lo que es verdad para siempre (no “sientan cátedra”, o en general no lo intentan hacer).

Por cierto, esa perspectiva sobre la realidad física —algo resabiada— a Platón le vendría de las religiones del momento, al parecer (es decir, de la evolución de Platón en relación a ellas, a lo largo de la vida, quizá... su evolución en torno a los conceptos de unas religiones como creo que era el orfismo, etc.).

Esos conceptos al parecer luego tuvieron eco a grandes rasgos en lo que llamamos “gnosticismo” —los movimientos gnósticos—.

su estado natural— nunca tendría esa voluntad si realmente fuera “*verdadero yo*”; es decir, si fuera el yo original, tal como fue creado para ser, en el sentido de estar en armonía con la verdad y el amor.

Es decir, como el alma está hecha por el Bien absoluto (hola PapiMami)... esa voluntad herida no es esa verdad; es decir, no está expresando ese *hecho*, esa verdad, acerca de su origen.

Entonces, “*nadie hace el mal a sabiendas*”, pero porque en realidad el alma no puede *comprender* el mal, y ello simplemente se debería a que no puede contenerlo *para siempre*.

Esa voluntad herida, expresada, no dice verdad; por tanto es falsa, y por tanto no sabe nada, no sabe lo que hace, por definición¹²; no sabe lo que es, ni lo que “piensa” ni lo que hace. Está expresando una falsedad sobre su ser esencial... y sobre su origen.

Pues si esa voluntad herida sí *supiera* lo que *es*, entonces el mal sería absoluta y definitivamente absorbido en el alma.

Pero esto es imposible, a no ser que a ese fenómeno lo llamáramos “suicidarse el alma”, en caso de que fuera posible en el futuro tal “suicidio”, una vez que el alma haya alcanzado la perfección natural en la que el único “mal” que queda (y que no es realmente del mismo “tipo de mal”, si es que se lo pudiera seguir llamando así)... el único “mal” que quedaría... sería el que conlleva la decisión de *no querer recibir el amor de Dios* (de no querer una relación directa con Dios, y por tanto no querer la “eternidad real”).

Pregunta: Aquí, por cierto, parece posible, o bueno, hacerse la siguiente pregunta: si un desencarnado ha experimentado la condición de perfección en amor natural; es decir, si ha ascendido en un momento dado de su larga vida a la condición de la dimensión 6, y si desde ahí puede bajar de nuevo de condición y degradarse (lo que parece ser posible), y tener que volver a purificar el alma... entonces, quizá ese espíritu (?), al desaparecer la dimensión 1 (cosa que en algún momento ha de suceder para la Tierra y su mundo espiritual), y si está muy “enfadado con la vida” y no quiere volver a ascender jamás en amor “a la manera natural” (y tampoco quiere recibir amor de Dios, a fortiori), entonces... quizá para ese espíritu la elevación de la Tierra conllevaría su desaparición, su desaparición real, como alma. ¿Ese espíritu, esa alma “inicia”, podría “auto-anularse” por propia elección?

En el diálogo *Apología de Sócrates*, el Sócrates de Platón dice que tiene un guía (lo llaman espíritu, daimón, etc.) que le impide hacer algunas cosas; o sea, el guía sólo le “dice” *lo que no hacer*; es decir, a Sócrates el guía le para los pies en algunos actos, en cuanto a algunas decisiones, impidiendo de hecho que Sócrates haga algunas cosas.

Recordatorio e): y por cierto, vimos que al parecer los espíritus ya algo elevados en amor pueden de hecho paralizar las cosas, los cuerpos, etc. —aparte de poder hacer otras muchas cosas—.

Entonces, por lo que podríamos entender, resulta que a Sócrates el guía no le decía tanto lo que hacer; o sea, por lo que vemos que dice ahí, brevemente, el *personaje Sócrates*: el guía —su desencarnado o grupo de desencarnados asociados— no le estaría dando pautas todo el rato sobre lo que debería desear o no desear hacer; no daría esas pautas, y mucho menos de forma “*controladora*”.

Pero sí que ese guía controlaría estrictamente lo que Sócrates hacía en muchos casos, y con una especie de control “por lo negativo”, digamos; es decir, le negaba materialmente la posibilidad de realizar cierto acto, o de realizarlo del todo.

(Tengamos en cuenta, por cierto, que de todas maneras el guía le puede estar dando guía más o

12 De ahí, claro está, el “perdónales porque no saben lo que hacen”.

menos sutil —emociones y pensamientos— sobre lo que sí hacer.)

Entonces, aquel rasgo célebre de Sócrates, el de quedarse paralizado —quizá de pie, etc.— lógicamente se debería a esa actuación del espíritu cuando literalmente le detendría para conseguir por ejemplo postergar o evitar ciertas cosas en la vida de Sócrates.

Ahí, por cierto, el espíritu parece que estaría simulando lo mejor que pudiera el “*estado de unidad con Dios*”, es decir, un estado en que no podríamos hacer nada que esté en desarmonía con la verdad y el amor, pero sí podríamos hacer —y sentir, y absorber ese sentir de— las “infinitas” cosas que sí están en una armonía tal.

Recordemos que en ese momento de la antigüedad, la humanidad no tendría todavía abierta la posibilidad de estar en unidad con Dios, pues ni siquiera se habría dado aún la posibilidad de recibir (pedir con éxito) amor de Dios.

Sí que se recibía *la verdad de Dios*, por lo que parece, y desde siempre. Es decir, se recibían las opiniones emocionales de Dios sobre todas las cosas (ese sería el sentido en que nunca hemos estado “separados de Dios”).

Ese fenómeno se trata, pues, de la verdad como intuición o “conocimiento profundo” que ahora nosotros a veces llamamos “*voz de la conciencia*” o “*conciencia*”. Esto es quizá lo que los griegos más “*filosóficos*” en general llamaban “*nous*”, o a lo que aludían en parte con eso.

Este “*nous*” parece que lo podemos entender más o menos así: como una extensión de lo que llamamos “*intelecto*”, pero que incorporaría *plenamente* lo intuitivo, digamos¹³ (una especie de órgano de “certeza directa”, o algo aproximado).

Conclusiones y preguntas, 2: No se puede conocer el mal, y por ello se diría que vivimos una especie de ilusión o “sueño”

Entonces, el mal no se puede *conocer* en sentido absoluto.

Es decir, es imposible que Dios (el Bien absoluto) se “*interese*”, *cognoscitivamente* hablando, por el mal.

Recordatorio f): Y por cierto, es por esto que, en consecuencia, podemos recordar y explicarnos perfectamente aquella frase en la que Jesús decía que *a Dios no le importan los pecados en sí, sino el hecho de que nosotros queramos pecar*.

El mal es incognoscible de manera absoluta, pues si fuera cognoscible, habría mal absoluto.

Pero sí que siempre podemos conocer y admitir la opinión de Dios sobre que una cosa concreta está mal —objetivamente—.

Es decir, sí podemos *reconocer objetivamente con Dios* que algo está mal.

¿Cuándo? En un momento que podríamos llamar “*momento de verdad*” (absoluta) en relación a la evaluación de algo que es objetivamente malo; es decir, en un momento de conexión con la opinión de Dios (via *nous/conciencia*) respecto a un tema concreto así.

Pero nunca podríamos *objetivar* del todo el mal, pues no tendría otra “*cualidad absoluta*” más que el hecho de que Dios siente y transmite la siguiente verdad absoluta:

13 Al parecer, muchos de los griegos que amaban la sabiduría (esos que llaman “filósofos”, y que al parecer así se llamaban) redefinían lo que corrientemente se concebía en idioma griego como “intelecto” (el “*nous*”), ampliando ese concepto usual del lenguaje.

Ver por ejemplo la entrada “noético” en el DECEL (diccionario etimológico castellano en línea):
<https://etimologias.dechile.net/?noe.tico>

- algo en concreto está mal (algo está en desarmonía con la verdad y el amor);

- y, por tanto, eso degrada lo que Dios creó; es decir, eso degrada nuestras almas, y por tanto degrada la vivencia que éstas irán a tener en su entorno, de su entorno (y de sí mismas *como almas*).

Y recordemos que el entorno nos ha de expresar —por ley, y por tanto amorosamente— la verdadera condición del alma de cada cual, y ello por mucho que con las “civilizaciones” tengamos mil trucos para de cierto modo “falsear esa ley”.

No hay pues “*intuición noética*” sobre el mal.

El hecho de que el mal no se pueda “*conocer de manera absoluta*” (pues no se puede absorber definitivamente en el alma) sería concomitante al hecho de que toda alma se va a librar de toda imperfección o desarmonía con respecto al amor y la verdad en cuanto al diseño natural —alcanzando la perfección natural ya mentada arriba, y que podríamos llamar “*adánica*”¹⁴.

Continuación de la Pregunta: Otra historia sería, pues, si el alma puede después volver a perder esa condición de perfección natural, tal como veíamos en la pregunta arriba. Si sí la puede perder, entonces materialmente quizá podría *no poder volver* a subir a la dimensión 6 —si no vuelve a hacer algunas cosas, cosas que en realidad ya hizo, o ya hizo en parte—.

Entonces, si nos ponemos en plan “perverso”, es decir, en plan digamos “inicuo” (en plan “*vamos a hacer el mal a sabiendas*”) nos estaremos hundiendo más y más en una “*ilusión sobre nosotros mismos*”, ya que eso *no* es lo que por siempre estamos destinados a ser. (Estamos destinados a ser “al menos” un alma perfecta natural.)

Continuación (2) de la Pregunta: hablamos de un “alma perfecta natural”, cuya “*fecha de caducidad*” está por ver, por cierto, si es que se queda manteniendo siempre ese estado aunque a veces vaya de visita a las dimensiones inferiores que vayan quedando todavía en funcionamiento.

Nos hundimos pues en lo falso, o el error, expresando (o sea, siendo la voluntad de) que “*no sabemos*” quiénes somos.

Por lo tanto eso no es una “*voluntad verdadera*”, si decimos “verdadero” a aquello que es:

- o bien *eterno* —y que lo será, en el caso de nuestras almas, si recibimos amor de Dios—,
- o bien “*potencialmente eterno*” —si nos quedamos en la perfección natural como tope—.

Este parecería ser el sentido en que podríamos interpretar la frase “*sólo el Bien hace ser*”: sólo el Bien hace ser real (en el sentido de eterno), y lo que está mal nos lleva a “la ilusión”.

Entonces, nadie hace el mal “*a sabiendas*”, es decir, a “*sabiendas*” tal como el alma “*sabe*” las cosas. ¿Cómo las sabe, cómo las conoce?: “Sintiendo hasta el final”; por ejemplo sintiendo, queriendo conocer realmente y queriendo reconocer, honestamente, qué es lo que acarrearán para el futuro de nuestras vidas —como almas— los actos que ahora realicemos.

14 Nosotros diríamos más bien algo así: “*Amónica-Amánica*”, ya que los nombres de la célebre pareja “Adán y Eva” de la historia, los nombres comunicados por Jesús —y otras almas que están en el ámbito celestial— son más bien *Amán* para Adán, y *Amón* para Eva.

Conclusiones y preguntas, 3: ¿somos “irresponsables” si nadie hace mal voluntariamente? ¿No somos “realistas”?

Como hemos visto, aquí tenemos algo que en cierto modo parece ser complementario al tema de aquel otro recordatorio¹⁵ donde veíamos de forma muy simple qué ocurre con el *dolor emocional* que se nos presenta en la vida, en nosotros, cuando por ejemplo sucede un evento que nos detona personalmente dolor.

Esta vez, hoy, parece que estamos en una perspectiva que nos pone más en una mirada “*desde la otra persona*”, ya que el lema platónico que vemos hoy (“*nadie hace el mal a sabiendas*”) parece invitarnos a “*ponernos en los zapatos del otro*” (algo relativo al ámbito que podríamos llamar del “perdón”).

Entonces, nos podrían plantear dos objeciones para “echar abajo” el lema “platónico”:

- que este lema nos deja vía libre para la *irresponsabilidad*; es decir, que es “de irresponsables”;
- y que este lema no es “realista”, o sea, que no se ajusta a la experiencia real.

Dicen que ambas objeciones han sido muchas veces comentadas, debatidas... al parecer —y ya en la propia antigüedad—. Parece evidente que estas objeciones se plantearían a menudo, por tanto, ante este lema tan “perdonador” —por así llamarlo—, y que se tendría como un lema “de ilusos”.

Pero se verá que ya estamos algo inmunizados “frente” a estas objeciones si examinamos bien lo que hemos visto en general otros días —sobre estas enseñanzas—, así como lo visto hoy en este texto y en aquel otro de recordatorio —el que dijimos que de cierto modo es complementario a este de hoy—.

15 Es el Recordatorio 2:

“Recordatorios, 2: Cuando la jaula de 'amor' falso se vuelve cámara "infernál" de reverberación | Una madre: proyector y espejo "imposible" | Dolor emocional y error”: <https://www.unplandivino.net/recordatorios-2/>